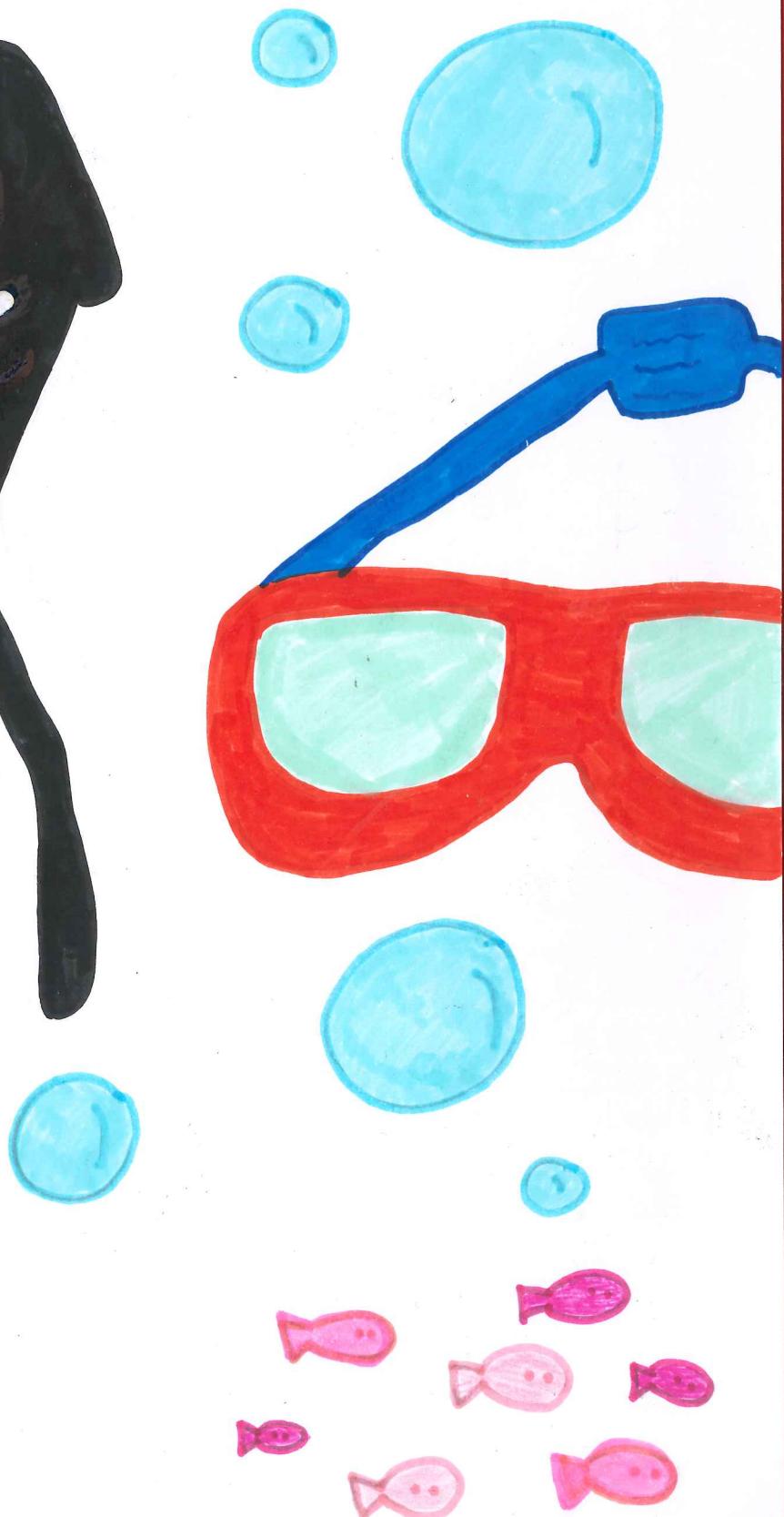
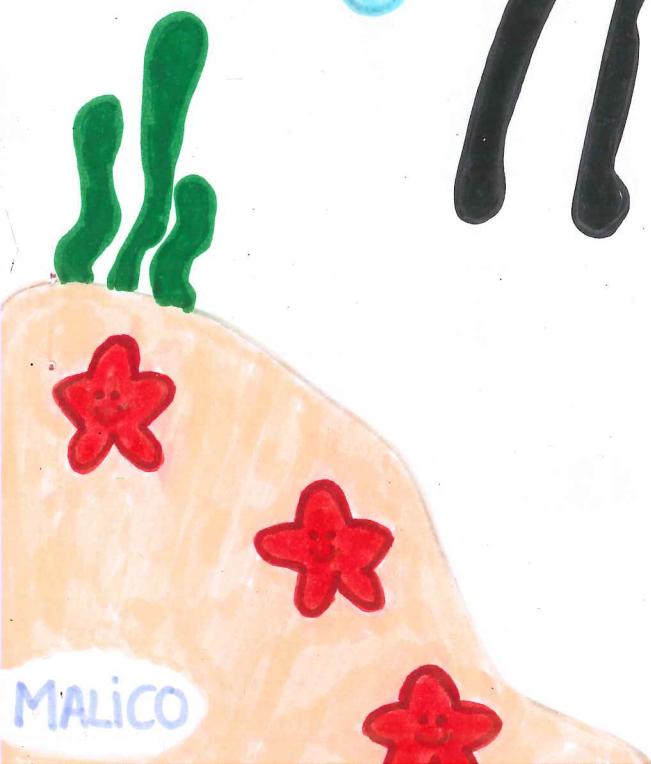
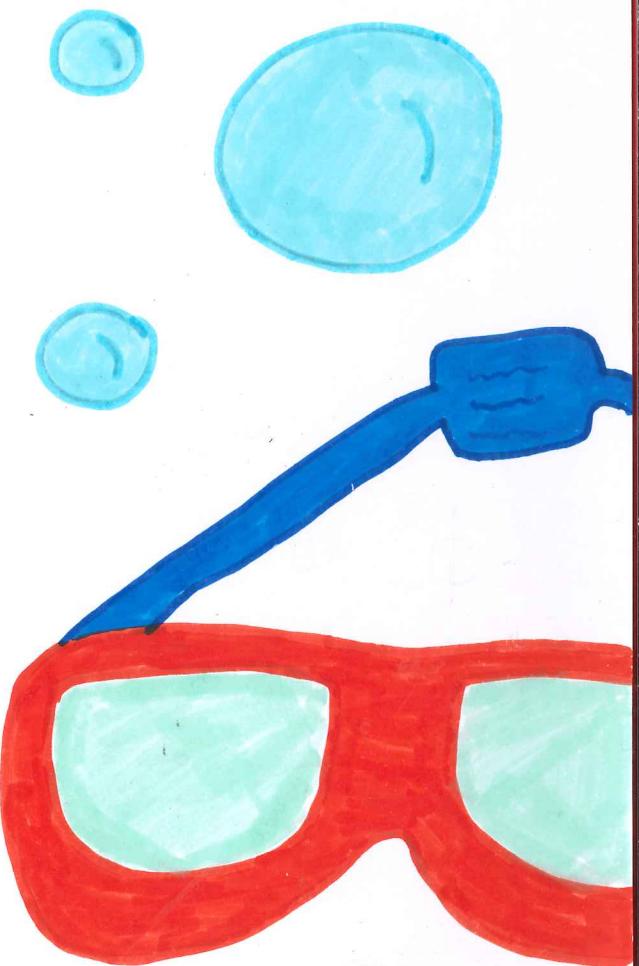


POTY

UN CALAMARCITO MADURO



Poty, un calamocito maduro

En el Pacífico viven cientos de familias de calamares, una de ellas es la familia Tajarí, compuesta por dos padres y cinco calamares de diferentes edades. Toto, un jovencito de veinte años buscando unas aguas en venta para independizarse; Cheta, una calamarcita en plena adolescencia de quince años bastante inmadura; Poty, un calamar acabando su infancia; Mandito, un calamar de nueve años super aficionado al Protybball y por último la tauruesa Silva, una calamarcita de siete años a la que le están costando las mates.

¡Hola, soy Poty! Os voy a contar una historia que ocurrió en mi familia y que nos marcó a todos.

Todo empezó en el partido de Protybball infantil, es decir el fútbol de calamares para niños, calamares azules contra calamares negros, es decir nosotros. Todo iba bien hasta que un submarino llegó y tuvimos la mala suerte que del equipo de submarinistas cayeron unas gafas de buceo, muy grandes porque eran de un submarinista muy ancho. Las gafas cayeron justo en el campo de Protybball. Los jugadores, entre ellos, Mandito, se quedaron encerrados en las gafas. No podían escapar. Me dijo mi madre que

Si no sacábamos a todos los calamares antes de 48 horas que se iban a morir todos por una enfermedad que producían los humanos llamada "CONTAMINACIÓN".

Toda la ciudadanía calamarciana se dispuso en varias grupos de familias para encontrar un palo o una piedra para quitar las gafas del campo de Frayball, además era muy peligroso porque casi todos los atrapados eran calamarcitos de nueve años.

Totó estaba harto del equipo de búsqueda y se fue a no sé dónde a pasar de todo aquello. Él se llevó unas buenas broncas de mamá, pero consiguió largarse y abandonar a toda nuestra familia super preocupada por él.

Silva no paraba de hacer bromas pesadas de que se iban a morir todos los calamares atrapados en las gafas y así no tenía que aguantar a su hermano Monelito. Todas esas bromas le condujeron a castigos muy gordos ayudando a hacer todas las tareas del hogar. ¡Mamá ya estaba muy cansada de Silva!

^{tarde}
La iba empeorando aún más y yo era el único calamar de la familia que colaboraba, porque Cheta estaba cada minuto con su "Watermelon", como dice ella, el móvil de la mejor calidad de la villa calamarciana.

Tras muchas horas de búsqueda, al fin encontré un palo adecuado que podía servir de palanca para salvar a los jugadores de footyball. ¡Y lo conseguimos! ¡Los salvamos a todos y a cada uno de ellos! El único problema que quedaba era unificar a nuestra familia de nuevo. Para eso, Mandito, ya rescatado, me ayudó mucho.

Él y yo recorrimos muchas villas oceánicas hasta que encontramos a Toto, que estaba en la villa de peces de al lado. También conseguimos distraer a Cheta mientras que uno guardaba su "Watermelon" en una concha con llave. Y por último, jugábamos mucho con Silvia para que estuviera entretenida y no hiciese más trastadas.

Mientras que teníamos este momento de debilidad familiar también surgieron otros problemillas.

Mi padre tuvo unos pequeños síntomas de la enfermedad "CONTAMINACIÓN", producido por los barcos de mercancías. Mi madre se quedó con mi padre y todos acompañamos a Toto a la tienda de plantas de medicina, para comprar algas y curar a mi padre.

Después, mi hermana Silvia suspendió mates, yo le

enseñé a multiplicar y ya entendió todo lo que no entendía en el examen.

Todas mis ayudas a mis familiares merecieron un premio.

Y ese premio fue el que todo un calamarito quiere tener: ¡EL DESPRENDER TINTA DE CACAMAR!

Me encantó este regalo y fui corriendo a mis amigos para contártelos lo sucedido. Mis padres se alegraron mucho por mí.

Aquí acaba una de las muchas historias de la familia Tajón, en la siguiente temporada os contaré muchas, muchísimas más. ¡Hasta Pronto Amigos lectores!